

CRITICA TEATRAL.—

Dos Obras en el Talía

Si no existiera Eugenio Ionesco habría que echar las campanas al vuelo. En estos momentos nos hallaríamos frente al milagroso nacimiento del autor teatral que está necesitando nuestra escena. Es decir, el hombre apartado de la indigesta vía pseudotranscendental y que, por contra, sabe mirar la vida con el humor absurdo y deschavetado de nuestro tiempo.

Sin embargo... existe Ionesco. La obra "El cepillo de dientes", de Jorge Díaz (Sala Talía) deriva directamente del autor rumano. Sin éste no se habría escrito, porque es Ionesco el descubridor de la fórmula de ese humor por reducción al absurdo, es decir, basado en el ilogismo y en el desajuste entre los términos de una proposición. Un ejemplo sacado de "La cantante calva": "Mr. Smith: Sólo la marina es honrada en Inglaterra. Mrs. Smith: Pero no los marinos. Mr. Smith: Naturalmente".

El equívoco verbal, la repetición obsesiva, el automatismo, la caricatura del convencionalismo escénico, el falso eufemismo animan esta nueva concepción de la comedia. Pero lo esencial me parece ser el abultamiento caricaturesco de los recursos, de los tópicos y de las fórmulas rutinarias de la dramaturgia tradicional. "Si la esencia del teatro reside, pues, en la exageración de los efectos, resulta necesario exagerarlos aún más, subrayarlos, acentuarlos al extremo. Llevar el teatro más allá de esa zona intermedia que no es ni teatro ni literatura, es restituirlo a su propio marco, a sus límites naturales".

Estamos definiendo a la vez los rasgos característicos del estilo incorporado a la escena por el rumano y los recursos a que acude Jorge Díaz para desenvolver esta obra suya que yo llamaría "farsa intelectual". Los préstamos tomados al autor de "La cantante calva" son evidentes.

Ahora bien, dicho esto para situar su obra en los límites justos, señalando además un punto de partida que le es ajeno y en el cual reside el mayor reproche (en la comedia de Jorge Díaz el esposo estrangula a la esposa, porque ha utilizado su cepillo de dientes para teñir los zapatos. En "La lección", de Ionesco, el profesor mata a la alumna porque ésta se queja de dolor de muelas); dicho esto, insisto, parece urgente advertir que "El cepillo de dientes", aun siendo cercano de un modelo cargado de prestigio, revela a un autor cuyos ensayos hasta ahora eran dudosos. En la obra del Talía aparece rico de intenciones y dotado de encomiable capacidad para una forma superior de lo cómico y de una visión diestra en la arquitectura escénica.

La velada comienza con "Un hombre llamado Isla". Aquí Jorge Díaz cede un poco a la tentación del verbalismo excesivo y en los dos cuadros últimos por no resistir al demonio de las frases incurre en el peor de los males teatrales: el aburrimiento. Yo sé que una cierta estrategia programática exige dar primero lo triste y, en seguida, lo cómico. Debería cambiarse el orden para que el espectador pudiera abandonar la sala cuando el tedio lo impulsara a ello. De este modo llevaría en el recuerdo la deliciosa, la optimista y agilísima impresión dejada por una obra que acusa algo no frecuente: inteligencia.

Jorge Álvarez interpreta el monólogo "Un hombre llamado Isla". Sale airoso de su trabajo sin excesivo brillo. El personaje —un funcionario jubilado que adolece de un mal caracterizado por el doctor de "supresión brusca del metabolismo burocrático"— no ofrece excesivas posibilidades. Naturalza gris, asordinada, carece del relieve y del claroscuro en que un actor puede exhibir las gamas de su personalidad.

En "El cepillo de dientes" el matrimonio es encarnado por Carla Cristi y Jaime Celedón. Estos papeles de diálogo arbitrariamente absurdo demandan a mi entender una constante situación del comediante en el clima atrabiliario de la comedia, un ritmo y, paradójicamente, una naturalidad de la que depende el sorprendente efecto humorístico. Carla Cristi es una de nuestras jóvenes actrices mejor dotadas para la comedia. Logra un brillo y una tonalidad comunicativa singulares. El gesto y la espontánea expresión de los sentimientos se manifiestan con enorme simpatía y a través de su juego fisiognómico y de la ligera entonación farsesca dada al estrambótico personaje, asistimos al desenvolvimiento de un episodio demasiado humano. Jaime Celedón le da la debida réplica y lo hace a veces con auténtico sentido de comedia. Las dos obras han sido dirigidas por Claudio di Girolamo.